

lo, devora en secreto su pesar: entonces es preciso que una tierna sensibilidad, le haga una dulce violencia, y vierta el bálsamo del consuelo sobre las heridas de su alma: la curiosidad de los superiores ó de los amigos, es en tales casos un rocío celestial. De la misma suerte, como el temor de atraerse la tacha de vanos, aconseja á muchos encubrir sus honores y afortunamientos; por esto la urbanidad, como ya se ha dicho, quiere que dirijamos el discurso de esta parte, pero con destreza y conveniencia tal de palabras, que se muestren la congratulacion y el elogio desprendidos de adulacion y mentira.

En suma, la curiosidad es reprehensible cuando amenaza publicar las debilidades é imperfecciones de otros; y laudable cuando tiende á dar realce al mérito ó proveer de socorro al necesitado.

CAPÍTULO VII.

Borrascas de las tertulias ó disputas.

Los jardines de los filósofos de Atenas se extendian desde las riberas del Ilitso hasta las del Cefiso. Los epicureos se establecieron en el centro, los discípulos de Platon al Norte y los de Aristóteles al Sur. Jamás se vieron vecinos menos turbulentos ni menos celosos: un sendero de olivos, un bosquecito de mirtos, una cerca de rosas separaba los sistemas y servia de limite al reino de la opinion. Empero no son igualmente pacíficas las tertulias; la diversidad de las ideas abre campo á contiendas ruidosas, acompañadas ó seguidas de varios inconvenientes.

§ 1.º *Idea de la personalidad.*

Discutir es alegar las razones y los argumentos en que se apoyan dos opiniones opuestas, sin atender á las *personas* que los proponen; la discusion degenera en disputa al momento que se mezcla alguna *personalidad*.

No se entiende por personalidades aquellas patentes injurias que prohibe toda buena sociedad, sino las que, si bien menos graves, no dejan de ser al

mismo tiempo punzantes para el amor propio de otro y estrañas á la cuestion.

Generalmente suelen introducirse en la discusion dos géneros de personalidades que la hacen degenerar en disputa. Con la primera se echa en cara al adversario que él habla por motivos particulares, de interés por sí mismo, de afeccion por sus amigos ó su clase, de odio contra sus enemigos, y otras á este modo. "Hablais así, porque sois militar, ó negais, porque sois clérigo." Cada uno advierte que estas no son razones; y cuanto tiene de fácil hacer uso de ellas para uno, es otro tanto espedito el rebatirlas para otro.

Con la segunda especie se dice al adversario, que no conoce la materia de que se habla; que ella supone conocimientos superiores á los suyos; que es estraña á su profesion. Esta manera de argumentar tiende tambien á deprimir la persona del contrario; pero no resuelve las dudas que promueve. Además, sin ser, por ejemplo, jurisconsulto, no es imposible tener ideas esactas y nuevas sobre la jurisprudencia.

§. 2º *Causas de las disputas.*

Pudiera decirse que los hombres inciviles aman las disputas, como los salvages los combates. Las causas de las disputas son: 1º, *el deseo de conservar la propia libertad.* En igualdad de circuns-

tancias cada uno prefiere la propia opinion á la agena, precisamente porque es suya; por eso somos tanto mas reacios á admitir la opinion de otros, cuanto es mayor el aire de mando con que nos es propuesta. Quien sujeta á nuestro juicio una idea bajo las formas de una duda, logra mas fácilmente convencernos, que el que sin producir mayores argumentos, muestra querer dogmatizar y prohibirnos toda objecion. El hombre es tan celoso de su libertad individual, como lo es de su libertad política y civil.

2º *La vanidad* ve una especie de envilecimiento en someter la opinion propia á la agena, porque lo cree signo de inferioridad intelectual. El disgusto de esa supuesta inferioridad, sensible en todos, crece en razon de la alta idea que formamos de nosotros mismos, y tanta es la debilidad humana, que puede llegar á punto de causar la muerte, como sucedió al filósofo Diodoro. Se le hicieron á éste algunas objeciones que no pudo responder: el desgraciado fué herido de tal afliccion y despecho, porque le habia hecho traicion su espíritu, que espiró al instante.

Es tan cierto que la vanidad es causa de disputas, como que el silencio de uno de los disputantes, cuando permanece en la propia opinon, es ofensivo para el otro. El silencio en este caso parece probar que se tiene tan bajo concepto del antagonista, que ninguna razon bastaria á convencerlo, y por es-

to se ahorra la pena de hablar. Aquel ve que mientras se desgañita, el contrario sonríe, y lo deja ladrar como los perros á la luna; y que por tanto no logra el objeto que se proponia, á saber, la superioridad sobre el adversario. La Mothe habia dicho mal de Homero, y el poeta Gacon pretendió vindicarlo; La Mothe no respondió, y entonces le dijo el poeta: *¿No quereis, pues, responder á mi Homero vindicado? ¿Temeis mi réplica? Pues bien, no la evitareis; yo publicaré un libro que tendrá por título: Respuesta al silencio de La Mothe.*

3º *El espíritu de contradicción.* Parece que algunos no gozan sin ser molestos y fastidiosos á la manera de las moscas, y hacen profesion de contradecir despechosamente á cualquiera y sin ningun miramiento. Y como muchos se muestran terribles en la disputa por la fuerza y capacidad de los pulmones, parece por esto que el espíritu de contradicción se debe atribuir primeramente á necio orgullo, ó sea necesidad indistinta de dominar. Fomentalo quizá una causa física no bien conocida, llamada temperamento, causa por la que el perro, en el ilustre congreso de los animales parlantes del Abate Casti,

Con incansable pecho y voz sonora
Cruje el diente, murmura y desespera,
Pronto con todos á emprender quimera.

4º *Las enemistades* suelen ser una de las principales razones porque se rechazan las ideas de

otro; porque parecen al odio triunfos verdaderos ó reales, las mortificaciones de la vanidad del odiado. En un congreso se sentaron juntos al acaso dos personas que no se veian de buen ojo: dormido uno de ellos, al tiempo de votar le dió de codo el otro para que despertase y dijera su parecer. Entonces, soñoliento como estaba, púsose de pié y dijo: Yo digo todo lo contrario de lo que ha explicado este señor:—Pero si yo no le dicho nada, respondió éste.—Pues de lo que dijere, contestó.

5º *Las imperfecciones inherentes á cualquier cosa humana* abren campo á renacientes disputas. Esta imperfeccion resulta de los *objetos* que tienen muchos lados y se considera cualquiera de ellos, segun el que mas agrada; de las *personas* que no tienen los mismos ojos, los mismos intereses, los mismos principios, los mismos conocimientos ó los mismos gustos; de las *palabras* que no son bastante multiplicadas ni bastante particulares para ser siempre exactas y corresponder á las varias modificaciones de los sentimientos.

De aquí es que todo lo que se dice y escribe, siendo susceptible de una variedad indefinida, no debe ser extraño que ande sujeto á constantes oposiciones.

Entre las causas de disputas, es preciso colocar *la manía de explicar los hechos antes de haberse asegurado de su existencia*, y en cuya virtud se disputa con tanto mayor calor, en cuanto que cada uno habla, como se dice, de memoria.

§. 3º *Inconvenientes de las disputas.*

Cualquiera de las indicadas personalidades, suele escacerbar los ánimos en las disputas: ordinariamente recurre á las personalidades quien mas escasea de razones.

En el calor de la disputa los ánimos pierden de vista el asunto principal, y andan divagando entre ideas accidentales, uno á Oriente, otro á Occidente, este por lo alto, aquel por lo bajo; de modo que despues de un largo alternar entre el sí y el no, despues de una hora de tempestad, despues de haber perdido la voz y los pulmones, los contendientes se hallan mas distantes del límite de la carrera que al principio.

Aprovéchanse de esta disposicion de los ánimos los que temen como contraria á sus miras la decision de la disputa; por esto se detienen sobre una palabra, contienden sobre una semejanza y enredan sobre una idea accesoria; por esta razon tal vez, *la acalorada disputa sobre circunstancias accidentales podrá hacer descubrir la fè dudosa de alguno de los contendientes.*

3º De la irritacion contra las razones se pasa á la irritacion contra las personas, y muestran los disputantes

Lumbre en los ojos, tósigo en el lábio.

En suma, de la disputa se pasa á las injurias; razones nobilísimas y edificantes de los héroes de

Homero. En efecto, jamás habla Júpiter á Juno sin decirle mil improperios, ni ésta responde sino en el mismo tono. Despues de tan hidalgo ejemplo, figúrese cómo debian hablar los dioses menores.

Entre los rasgos característicos de los abogados de algunas naciones, se nota el tono atrevido y osado que en poco se distingue de la impudencia. Ellos se permiten los sarcasmos mas indecentes, las personalidades mas injuriosas contra la parte contraria; apostrofán hasta á los testigos del modo mas villano y ofensivo, con la mira de turbar su ánimo y debilitar sus deposiciones. No obstante, se atraen á veces réplicas que los esponen á la risa y burlas de los que los escuchan. En Inglaterra se discutia en el banco del rey una causa en que fué presentado por testigo uno que tenia la nariz estremadamente colorada: el abogado contrario, queriendo intimidarlo, le dijo: "Véamos lo que teneis que decirnos con vuestra nariz de cobre. — Por el juramento que he prestado, replicó el testigo, no querria cambiar mi nariz de cobre por vuestra frente de bronce." Ordinariamente esa causticidad y grosería de lenguaje solo la emplean aquellos abogados, ó demasiado inciviles por educacion y baja cuna, ó por suplir á las razones, que escasean en las malas causas, con injurias y valentonadas, que son en su concepto un medio espedito de enredo y de intimidacion á la debilidad de los jueces. Un abogado honrado y de finura jamás se vale de tan ruines armas.

4.º En fuerza de esta irritacion ó en medio de esta lucha de vanidad, cada uno se obstina en su primitivo parecer, aunque el discurso demuestre que se halla persuadido de lo contrario. Los amigos del Abate *Regnier* le daban el título del Abate *pertinaz*, porque

Mas duro y obstinado que los yunques,

tenia la costumbre de disputar tenazmente, hasta que sus adversarios, mas por cansancio que por convencimiento, se veian precisados á someterse á su parecer.

5.º *Reglas para impedir ó disminuir los inconvenientes de las disputas.*

1.ª *En las asambleas numerosas abstenerse de indicar con el nombre propio al individuo á quien se responde.*

En la cámara de los comunes de Inglaterra, quien discute la mocion de otro ó responde á un argumento, en vez de designar á su autor por su nombre, recurre á alguna de las siguientes circunlocuciones: el honorable miembro de mi derecha ó izquierda, el caballero del corden azul, el noble lord, mi docto amigo, &c., ó simplemente el preopinante. La razon de esta regla es que la especificacion del nombre es una apelacion mas viva al amor propio que qualquiera otra designacion. Con el primer modo

de hablar, se olvida, por decir así, la persona individual y no se considera sino su carácter político. Se reconoce la utilidad de esta regla, reflexionando que en el calor de la disputa resisten los contendientes á someterse y la pasion tiende á violarla. Cuando el ees-ministro *Decazes* subió á la tribuna de la cámara de diputados en Francia para responder al conocido secreto de *Bignon*, y comenzó por nombrar á éste, mostró toda la amargura del resentimiento y olvidó las reglas de la finura francesa y de las asambleas numerosas.

2.ª *No atribuir nunca á malos motivos ó perversas intenciones la opinion de otro.*

Esta regla es tambien observada en rigor en los debates británicos. Con toda libertad se puede echar en cara al preopinante su ignorancia, sus errores, sus falsas interpretaciones de un hecho; pero es preciso abstenerse de acusar los motivos que le inducen á proponer ó responder. Estiéndase uno cuanto quiera sobre todas las consecuencias nocivas de la medida que es propuesta; demuéstrese que serán funestas al Estado, que favorecerán la tiranía ó la anarquía; pero nunca se suponga que el proponente las habia previsto, ó querido sus consecuencias.

Rigurosamente hablando, la indicada regla está fundada en justicia; porque si es cosa difícil conocer los motivos verdaderos y secretos que obran sobre nuestro ánimo, es témeario pretender el descubrir los que mueven á otro; y cada uno sabe por

propia esperiencia, cuántas veces salen falsas nuestras sospechas en tales investigaciones. La reserva impuesta por la dicha regla es útil á todos; porque sirve de apoyo á la libertad de opiniones y de escudo contra las acusaciones injustas. En los debates políticos, del mismo modo que en la guerra, cada uno debe abstenerse de aquellos medios que no querrian se empleasen racionalmente contra él.

Pero sobre todo, la enunciada regla es conforme á la prudencia. Créese uno en efecto que nuestro antagonista se atenga al error; pues no se mostrará renuente á nuestra opinion, si se le presenta en su desnudez, rodeada solo de los argumentos que la demuestran. Pero si se comienza por hacer sospechosas sus intenciones, se le ofende, se le provoca y no se le deja la calma necesaria para escuchar con atencion. Se hace parte en contra de uno. El calor se comunica de uno en otro; sus amigos se interesan por él; y de aquí nacen no pocas veces resentimientos que, estendiéndose mas allá de la discusion, añaden á la oposicion política toda la aspereza de los odios nacionales.

Un hombre de carácter benévolo, modesto en su superioridad, generoso en su fuerza, confía únicamente en sus argumentos y desdeñaria deber la victoria á las supuestas depravadas intenciones de su enemigo.

3ª Guardarse de perder tiempo y palabras, en refutar cosas palpablemente falsas.

En estos casos lo mejor es trocar el discurso y remitirse á la opinion de los presentes, puesto que la discusion les causaria enfado y no se acertaria á persuadir al adversario. Zenon negaba la existencia del movimiento; Diógenes, sin gastar palabras, se puso á andar: Zenon persistió en su paradoja, y Diógenes continuó su paseo. Cuando Dido se encontró en los Eliseos con Eneas, por quien habia sido tan bárbara é injustamente abandonada, ¿se detuvo acaso para argumentar con él y convencerlo? Eneas procura reconciliarse en su ánimo; ella le vuelve con desprecio las espaldas sin proferir palabra.

Cuidese mucho de que en el caso práctico nos engañe el orgullo y nos induzca á suponer palpablemente falsas las ideas de otro y verdaderas las nuestras. El disgusto ó aprobacion que se notará en el semblante de los concurrentes, nos servirá de norma para truncar la discusion ó continuarla.

4ª No responder á las injurias que se escapan de la boca del adversario en el calor de la disputa.

Da, pero escucha, decia Temístocles á Euribides, cuando levantaba el palo para probar su tesis. Esta firmeza de alma en un hombre que seria todo menos cobarde y vil, nos dice que se deben dejar caer por tierra las injurias como no dichas ni sentidas, y defender las propias ideas con toda la sangre fria de la razon. En efecto, en el calor de la dis-

puta, de un lado se escapan de la boca palabras que apenas apagado, se retractan; y de otro la caída agena no justifica la nuestra.

En estos casos una respuesta urbana que demuestre serenidad de ánimo, hace mas impresión que un torrente de villanías. *¿Por qué me decís injurias en vez de razones? ¿Habeis tomado mis razones por injurias?* decia el amable Fenelon al impetuoso Bossuet. El padre Bouhours, asaltado por Mr. Menage con una batería de improprios, recogió un centenar de los mas groseros, y escribió debajo estas pocas palabras: "Es preciso convenir que el Sr. Menage es un hombre muy fino y muy urbano."

5ª *Salir improvisamente con algun sublime absurdo que, escitando la risa, haga cesar las disputas obstinadas.*

La esperiencia diaria demuestra la eficacia de este medio ya indicado antes. Quien en el calor de la disputa hace escapar algun chiste agudo, parece decirnos que renuncia á la victoria, que lo hace espontáneamente, y que quiere quedar nuestro amigo al mismo tiempo que nuestra vanidad lo fingia como enemigo. Este rasgo generoso nos sorprende agradablemente; y aquella vanidad que pretendia vencer en la disputa, no quiere quedar vencida en generosidad; de aquí es que los ánimos se aplacan. El ingenioso Voiture habia picado y escarabado á un cortesano: este queria obligarlo á

batirse en desafio. "El partido no es igual, respondió el poeta: sois grande y yo pequeño: sois valiente y yo cobarde; quereis matarme; pues bien, aquí me teneis muerto." El desarmó de este modo á su enemigo, haciéndolo reír.

6ª *Quando los contendientes no quieren concluir y la disputa es un poco acalorada, parece un deber de los presentes interrumpirla con sonidos, cantos, juegos, ministracion de licores y otros medios semejantes.*